

CRÍTICA DE ARTE

Chillida en el Auditorio: juego de espacios

El Auditorio de Galicia abarca con la obra de Eduardo Chillida (San Sebastián, 1924) no sólo la trayectoria de una de las figuras más singulares del panorama español, sino la de un artista que ocupa butaca principal en el arte universal de vanguardia.

La muestra incluye, además, dibujos y relieves sobre papel —que el autor califica de ‘gravitaciones’— así como piezas en tierra denominadas lurras y obras en acero, alabastro y granito. Materiales duros, largamente utilizados dentro de la tradición histórica española y universal, que en manos de Chillida han quedado despojados de cualquier tipo de valor de uso.

La tierra de los valles y la piedra de los acantilados suministraron toneladas de materia prima a los artistas del mundo antiguo. Con estos materiales crearon asombrosas obras de arte que vencieron el paso del tiempo. A Chillida también la distancia se le hace corta; no escatima esfuerzos si para conseguir la pieza de granito rosa del Houston Museum of Fine Arts tiene que venir a Galicia, en concreto a Budiño, hasta obtener el tono apropiado.

Me he servido del símil del mundo antiguo porque muchas piezas de este autor asemejan estancias cegadas que utilizaban los monumentos funerarios egipcios para preservar la profanación de las tumbas.

Líneas simples

Las superficies aparecen horadadas, ya sea mediante formas esféricas o poliédricas. Se trata de líneas simples, ordenadas, que participan de un cierto misterio, el mismo que presentimos al leer las palabras llenas de misti-



Por Fátima
Otero
Bouza

cismo que irradian de la poesía de San Juan de la Cruz.

Su escultura, con porte arquitectónico, no en vano el autor ha cursado estudios de arquitectura, aparenta tener un halo espiritual; pero no es así en sentido más amplio, ya que el autor contrapone a la corriente espiritualista pura la materia.

Chillida domina el espacio, crea sensaciones, se hace sentir. Se asemeja a los escritores espirituales en el hecho de querer comunicar de la manera más rotunda posible el mensaje del que se reconoce portador, y es un clamor de incertidumbre. Sensación esta que transmite al espectador, que observa su obra y al propio artista consumido al trabajar con un material que se puede desmoronar o fundir repentinamente en sus distintas fases de manipulación. Es la duda perenne de este noble artesano que responde al nombre de Chillida.

Acopio del vacío

Las formas del escultor vasco, las que salen de la forja, se apoderan del espacio circundante, prolongan y recogen esa corriente de acopiarse del vacío que había iniciado en nuestro país Julio González y que tantas generaciones iban a continuar, y no dejan indiferente a nadie.

Siempre son formas simples que por su densidad tienden al vacío. En el caso de las ‘gravitaciones’, sólo el peso de un fino cordel sostenido por clavos impide que la hoja se apoye en la tierra.

Todas estas formas han nacido no precisamente de una carencia de medios, sino de un acopio de experiencias encaminadas a que el artista reduzca todo a su quintaesencia.